

Y desde luego, si contemplamos que Francisco no se había dedicado al estudio de las ciencias, no podrá menos de admirarnos el fruto que consigue con su predicacion fervorosa: todo predicaba en él, su modestia, su mansedumbre, su humildad, su pobreza y su palabra. El Profeta de los Salmos lo había cantado: *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa* (1), y esta verdad demóstrase claramente en Francisco, que inspirado por Dios consiguió admirables frutos por su predicacion en Roma, en Florencia y en las demas ciudades de Italia; en España, como en Alemania; en Portugal, como en la Francia. Su celo le llevaba á todas partes; podia decirse que casi multiplicaba su presencia, y lo mismo dejaba escuchar su voz en el palacio del monarca que en la choza del pastor. ¡Qué fortaleza hace adquirir la caridad! El no interrumpe sus viajes, ora los montes y caminos se vean cubiertos de nieve en el corazon del invierno, ora en la fuerza del estío tenga que sufrir los abrasadores rayos del sol: lleno de valor contesta á los hereges y se opone á sus sofismas: guiado por su espíritu busca repetidas veces el martirio, y Jesucristo le hace mártir del amor imprimiendo en sus manos, piés y costado sus mismas llagas.

Tal fué su constancia y sus trabajos, que á los cuatro años de la fundacion ya contaba solo en Italia cinco mil religiosos. Considerémosle en sus apostólicas tareas, en su predicacion fervorosa, en los triunfos que consigue sobre los hereges, y en los demas hechos memorables que nos refiere su panegirista San Buenaventura y no podremos menos de

(1) Ps. LXVII, v. 12.

convenir en que Francisco de Asis fué como un huerto cerrado, que regado con las aguas de la divina gracia, produjo admirables y olorosas flores de virtudes cristianas: *Eris quasi hortus irriguus*. Veamos ahora cómo tuvo la gloria de levantar los cimientos de una generacion santa, á la cual es deudora la humanidad de grandes y extraordinarios beneficios: *Fundamenta generationis et generationis suscitavit*.

SEGUNDA PARTE.

La lucha de la verdad con el error es tan antigua como el mundo; empero siempre la verdad ha conseguido admirables triunfos. Dos amores, dice el Padre San Agustin, fundaron dos ciudades: el amor de Dios hasta el olvido y desprecio de sí mismo, edificó la ciudad de Jerusalem, y el amor propio hasta el desprecio de Dios, edificó la infame ciudad de Babilonia. Hé aquí los dos séres morales que se vienen disputando el triunfo: el espíritu de Dios y el espíritu del mundo. El primero fué el que fundó esas órdenes religiosas, cuyos individuos consagrados al bien de sus semejantes, y teniendo por lema de sus constituciones la caridad cristiana, piedra donde descansa el edificio de la verdadera y sólida piedad, se han hecho en todos tiempos acreedores á la gratitud del mundo, porque han sido los verdaderos maestros que han enseñado á los hombres, fomentando las ciencias; los mejores ciudadanos, porque predicando el amor á Dios y la observancia de su divina ley, han enseñado al mismo tiempo el respeto y la subordinacion á las autoridades de la tierra. Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que

le pertenece, han aclamado siempre, valiéndose de las mismas palabras del Salvador de las naciones.

No voy á emprender ahora, porque el tiempo no me lo permite, la apología de los órdenes religiosos: voy, sí, á vindicarlos para gloria de Dios, honra del Santo fundador Francisco, y desengaño de los que incautamente se han dejado seducir por los sofismas del moderno filosofismo, de los títulos con que los califica la impiedad.

Y desde luego: nosotros que hemos nacido en un siglo calamitoso para la Iglesia, apenas la razon ha venido á ilustrar nuestro entendimiento, no hemos oido otra cosa que sarcasmos y denuestos contra los regulares, dirigidos por inteligencias arrogantes que por ódio ó sistemáticamente se han propuesto hacerlos caer en el descrédito: ociosos, perjudiciales al estado é inútiles á los pueblos: hé aquí los dictados con que la impiedad y el filosofismo han calificado á los regulares. En cuatro palabras nos será fácil pulverizar sus sofismas, y volver por la inocencia calumniada y perseguida. ¿Quiénes son los que han protestado con el ejemplo y la doctrina contra las máximas corruptoras de la sociedad, oponiéndose con la humildad al orgullo y á la vanidad, con la pobreza al fausto y á la ostentacion, con la penitencia al desórden? ¿Quiénes son los que gustosos han sacrificado la vida, por llevar con el Evangelio la civilizacion á incultas islas? ¿Quiénes los que han dado un grande impulso á las ciencias? ¿Dónde se albergaron estas sino en los monasterios, cuando nuestra España se vió presa del audaz sarraceno? ¡Ah, señores! Es necesario cerrar los ojos á la luz de la verdad, para contradecir lo que únicamente puede negar la ignorancia ó la mala fé.

Pero fijémonos ahora tan solamente en la familia franciscana. Leed sus anales y no podreis numerar sus mártires y la multitud de santos confesores que ha producido. Consagrados principalmente á la predicacion y á la direccion de las almas en el santo tribunal de la Penitencia, han sido instrumentos de la conversion de multitud de pecadores, han inflamado muchos corazones en el fuego del amor divino, y han arrancado del medio de la sociedad corrompida innumerables sencillas palomas que se han refugiado en los cláustros dedicándose á ganar el cielo por el camino de la Cruz y de la mortificacion.

No hay duda, M. A. O.; Francisco de Asis, instituyendo su sagrado órden religioso, fué un Apóstol celoso que verificó una portentosa transformacion en el mundo. El fué un imitador fiel de Jesucristo, por quien supo crucificar todas sus pasiones: la cruz era su único consuelo, el libro de su constante estudio, y su guia en los dilatados viajes que emprendiera para predicar el Evangelio, siendo tan profunda la humildad que le acompañaba y resplandecía en todas sus obras, que jamás quiso recibir el sagrado órden del presbiterado, no creyéndose digno de ser ascendido á tan altísima dignidad. ¿Y temió alguna vez á los grandes y poderosos de la tierra? Jamás: siempre usó de libertad evangélica, ora hablase á los Orlandos y Federicos, ora anunciase la doctrina de Jesucristo ante el mismo sultan Melek-Kamel. Si los mas perniciosos errores pululaban en su siglo, si era general la corrupcion de costumbres, si la inocencia era calumniada y perseguida, Francisco se opone con el mayor valor y denuedo á los desórdenes, se constituye protector y defensor de los inocentes, siendo el terror de los tiranos. Así han

obrado siempre sus hijos, los individuos de esa generacion santa: do quiera que un error ha aparecido, allí se han encontrado los franciscanos defendiendo las verdades católicas aun á costa de su sangre.

Sea en buen hora objeto del ódio de los impíos esta familia que tantos dias de gloria ha dado á la Iglesia y al Estado; calúmniarla vilmente sus detractores: ello es, señores, que jamás podran ser oscurecidos sus relevantes méritos y sus hermosos timbres. Protegida por Dios, si es perseguida en una localidad, se levanta en otras, mostrando siempre su vigor y lozanía. De la familia franciscana han salido los Sistos, Nicolás, Alejandros, ilustres sucesores de San Pedro que dignamente han ocupado la silla Pontifical: á ella pertenecen los Escotos, Buenaventuras, Bernardinos, Antonios, Franciscos, Solanos, Diegos, Alcántaras y otra multitud de héroes, así en virtudes como en sabiduría, entre los que se cuenta nuestro esclarecido cardenal Gimenez de Cisneros, honra y prez de la española nacion.

Pero fijémonos ya, M. A. O., en los últimos tiempos de Francisco de Asis, lo que nos hará completar su panegírico. Despues de haber trabajado con tanta constancia en la fundacion de su órden, y deseando dedicar el resto de sus dias á prepararse para la muerte, como si toda su vida no hubiera sido una verdadera preparacion para una muerte dichosa, se retiró al monte Alvernia, donde renunció su empleo de ministro general en el bienaventurado Fr. Pedro de Catania, dedicándose despues dia y noche á los ejercicios de la mas rigurosa penitencia, y á la comunicacion continua con su Dios. Al fin de la cuaresma de San Miguel, que hacia

todos los años, recibió del cielo aquel insigne favor de la impresion de las llagas de Jesucristo, cuya memoria recuerda la Iglesia con fiesta particular.

Dos años vivió despues de este favor extraordinario, pero fueron dos años de verdadera cruz, durante los cuales esperimentó las mas molestas enfermedades, dolores agudísimos y continuos éxtasis, hasta que el Señor le reveló el dia de su partida del mundo. Se hizo trasladar al convento de Nuestra Señora de los Angeles, para cuya Iglesia habia alcanzado de Nuestra Señora el famoso Jubileo llamado de la Porciúncula. Luego que hubo llegado, mandó que le quitasen la túnica y que le tendiesen en el suelo para morir con la mayor pobreza, á imitacion de Nuestro Señor Jesucristo que murió desnudo en el árbol de la Cruz. Cumplieron su voluntad, pero al mismo tiempo acercándose el guardian le dijo: «Te doy de limosna este hábito como á un pobre; tómale por obediencia.» Obedeció el Santo, y empleando sus últimas fuerzas en exortar á los religiosos al cumplimiento de sus deberes, dirigió despues fervorosas oraciones al cielo, y espiró tranquilamente en manos de sus hijos el dia 4 de Octubre de 1226, á la edad de cuarenta y cinco años, el 29 de su conversion y 19 de la fundacion de su órden. Los grandes, extraordinarios y continuos milagros que Dios obró por su intercesion, movieron al Sumo Pontífice Gregorio IX, que habia sido muy conoecedor de sus grandes virtudes, á canonizarle á los dos años de su muerte el de 1228.

A vista, pues, de cuanto llevamos espuesto, de sus grandes virtudes, de sus trabajos por llevar á cabo la fundacion de su órden religioso, de su áspera pe-

nitencia y extraordinarios favores que recibió de Dios, creo haber tenido razon en consagrarle el elogio que puse al frente del discurso. «Serás como un huerto de regadio... Levantarás los cimientos de una generacion estable.» *Eris quasi hortus irriguus... Fundamenta generationis et generationis suscitavit.*

Desde el alto trono de gloria que hoy ocupas ¡oh insigne patriarca y fundador del orden seráfico! ven y visita esta viña que te pertenece; comunica tu espíritu á esta venerable comunidad de hijas tuyas, y á cuantos visten tu santo hábito. Y los que hoy nos hemos reunido en este augusto santuario para celebrar tus glorrias, experimentemos tu proteccion en la vida, para tener despues la dicha de ser tus compañeros en el cielo. *Amen.*

FIN DEL TOMO SESTO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SESTO.

| | Páginas. |
|---|----------|
| I. Sermon panegirico para el dia de San Antonio de Pádua. | 7 |
| II. Idem segundo del mismo Santo. | 29 |
| III. Idem para el dia de San Antonio Abad. | 47 |
| IV. Idem para el dia de San Agustin. | 68 |
| V. Idem para el dia de Santa Ana, Madre de Nuestra Señora. | 92 |
| VI. Idem para el dia de San Andrés Apóstol. | 104 |
| VII. Idem para el dia de San Benito Abad y fundador. | 119 |
| VIII. Idem de Santa Cecilia Virgen y Mártir. | 135 |
| IX. Idem para el dia de San Lorenzo Mártir. | 160 |
| X. Idem para el dia de San Luis Gonzaga. | 169 |
| XI. Idem para el dia de San Miguel Arcángel. | 183 |
| XII. Idem para el dia de San Pedro Apóstol. | 194 |
| XIII. Idem para el dia de San Sebastian Mártir. | 215 |
| XIV. Idem de San Dimas, el buen ladron. | 234 |
| XV. Idem para el dia de Santiago, patron de España. | 246 |
| XVI. Idem para el dia de Santa Elena, emperatriz. | 262 |
| XVII. Idem para el dia de San José, esposo de Nuestra Señora. | 277 |
| XVIII. Idem segundo del mismo Santo. | 294 |
| XIX. Idem de San Juan Evangelista. | 307 |